

Ruperto Detective

Roy Berocay

loqueleg

Una cuestión de tamaño

7

Me llamo Ruperto Sapo. Soy detective. Bueno, en realidad hace sólo cinco minutos que soy detective. Acabo de poner un cartel que dice “Sapo Privado” afuera de la cueva y estoy esperando mi primer cliente.

Afuera hace frío. Debido a mi gran inteligencia, me doy cuenta de que eso se debe a una cosa: es invierno. En invierno siempre hace frío.

Mi amigo Víctor, que es un niño macanudo, me regaló este impermeable que era de un muñeco de acción o algo así y este sombrero que me queda un poco grande, pero todo lo demás lo hice solo. Una caja de cigarrillos me sirve de escritorio y una caja de fósforos es mi asiento preferido.

Me gustaría tener una puerta, porque los clientes tendrían entonces que golpear y pedir permiso. Claro, también me gustaría tener una secretaria, pero soy un detective pobre que todavía no tiene ningún caso.

Víctor me lo explicó todo acerca de los detectives: siempre andan sin afeitarse, usan impermeable hasta en los días de sol y fuman, fuman muchísimo. Pero aunque los detectives lo hagan, he decidido no fumar: me revientan los sapos que fuman.

8 Afuera hay una neblina espesa, gorda, y hace un frío terrible. Pero estoy tranquilo; tengo las patas sobre el escritorio y estoy muy cómodo. También tengo una caja con algo de moscas, así que puedo darme el lujo de esperar hasta tener mi primer caso.

Antes de ser detective hice un montón de otras cosas, pero esto es mejor: ahora tengo nervios de acero, ojos de águila y patas de rana.

Estoy pronto para lo que sea: que vengan los malhechores nomás.

De pronto escucho un ruido. Los sapos privados siempre tienen que estar alertas. Escucho mejor: son pasos. Toc, toc, toc. Trato de ver por la ventana y nada: todo está oscuro. Me saco el sombrero que me tapa los ojos y tampoco veo nada: me olvidé de hacer una ventana.

Toc, toc, toc, los pasos siguen avanzando en la niebla. Hasta puedo escuchar música de suspenso. Resuelvo esconderme detrás del

escritorio y esperar. En caso de emergencia tomaría un revólver, pero no tengo y, además, siempre se me atorán en la garganta.

Toc, toc, toc, los pasos siguen y siguen avanzando hacia mi cueva y la música de suspenso ya me está poniendo nervioso. ¿Quién será? ¿Será un cliente? ¿Será un malvado truhán malhechor? ¿Vendrá ANTEL a colocarme el teléfono?

9

Todas estas preguntas sin respuestas me cruzan el cerebro, mientras afuera, en la niebla que ya les mencioné como cuarenta veces, una figura se mueve y llega a la entrada de mi cueva.

—¡Ni un paso más! —grito poniendo voz de detective valiente—. ¡Tenemos la cueva rodeada!

Eso fue una estupidez. Yo soy el que está adentro de la cueva. El malvado se debe estar riendo como loco.

—¡Tenemos el arroyo rodeado! —insisto, pero la figura se para en la entrada y una voz femenina, dulce como un cascarudo, pregunta:

—¿Puedo pasar?

Apurado me peino, me pongo el sombrero, me siento otra vez detrás del escritorio y la miro. No está mal, nada mal para ser una cangreja.

Ella mira hacia atrás como si estuviera asustada. Después se acerca lentamente y me dice:

—Hola, soy Alejandra.

—¡A la pipeta! —le digo mientras ella me mira y se peina el caparazón con una de sus pinzas.

Después se sienta en otra caja de fósforos y cruza dos de sus seis patas.

—¿En serio es detective?

10

—Claro. Soy el famoso Ruperto Sapo Sapo —contesto, usando mis dos apellidos para impresionarla—. ¿Nunca escuchó hablar de mí?

Alejandra mueve las pinzas y se disculpa: “La verdad que no”, dice.

Pero no me importa, olfateo que ya tengo a mi primer cliente, mi primer caso de verdad. Cuando se lo cuente a Víctor, no me va a creer.

—Algo anda mal en el cangrejal, por eso me decidí a venir, tiene que ayudarnos, ¡oh! ¡por favor, señor Sapo Sapo! —suplica.

Me acomodo el sombrero y le digo que sí, que el precio son cinco moscas al día y que acepto el caso. Ningún buen detective puede dejar de ayudar a una cangreja triste.

Todo buen detective sabe que para empezar un caso, lo primero es ir al lugar de los hechos. Pero había un problema: hasta ahora no había pasado nada.

La cangreja Alejandra, después de pagarme mis primeras cinco moscas, no me había dicho nada más. Solamente había repetido como seis veces que algo andaba mal en el cangrejal y que estaba muy asustada. Después se había ido, caminando de costado en la niebla.

Pero yo no soy sapo de asustarse así no más. Así que me acomodé el impermeable, el sombrero, guardé un pedacito de vidrio que uso como lupa y decidí salir a investigar.

11

Ir al cangrejal un día de niebla es un asunto sólo para valientes. Y la verdad, no tenía muchas ganas de serlo.

Imagínense, es como una ciudad de cangrejos, con miles y miles de cuevas. Pero no se asusten, son bichos muy mansos y se la pasan chocando entre ellos porque no ven bien por dónde caminan.

Por suerte, cuando llegué a la entrada del cangrejal, ya había menos niebla. No me acuerdo si ya les hablé de que había niebla, pero ahora había menos. Algunos pequeños cangrejitos corrían en el barro jugando a la mancha. En las cuevas las vecinas charlaban y los cangrejos jugaban a las cartas.

Pero cuando empecé a caminar, todos se callaron de pronto. Me miraron torcido y se escondieron en las cuevas rápidamente como en las películas cuando el héroe entra a un bar.

12 Como soy muy listo, enseguida me di cuenta de que Alejandra tenía razón: algo raro estaba pasando. Claro, supongo que ver pasar un sapo con impermeable y sombrero es muy raro, pero me di cuenta de que era otra cosa lo que preocupaba a los cangrejos.

¿Sería que desconfiaban de los bichos verdes? ¿Estarían preocupados por los cortes de luz que obligaban a las luciérnagas a apagar sus colas una vez por semana?

Mi trabajo era justamente averiguar qué estaba pasando, así que caminé hasta unos tuyos y me escondí a observar con la lupa.

Descubrí primero que, como ciudad, el cangrejal es un desastre: no había ningún lugar donde comprar café. Los detectives, cuando vigilan, siempre esperan en un auto, toman café en unos vasos de plástico y ponen cara de sueño.

Pero yo no tenía ni auto, ni café, ni sueño, así que seguí vigilando hasta que, por fin, descubrí una segunda cosa: los pedacitos de

vidrio no sirven como lupa. Casi me quedo bizco de tanto mirar y ver todo torcido.

Pero por suerte, enseguida encontré mi primera pista.

Un montón de cangrejos llegaron desde el arroyo cargando cosas. Desde mi escondite pude ver que traían latas, migas de pan, cáscaras de naranja, anzuelos perdidos. Car-gaban todo y transpiraban.

13

Con cara de enojados, pasaban en fila y seguían hacia la parte de atrás del cangrejal.

Haciéndome el disimulado, salí de mi escondite y me acerqué a uno de ellos.

—Hola —saludé, pero no me contestó—. ¿Van a hacer una fiesta? —pregunté y el tipo nada, siguió caminando nomás.

—¿Qué van a hacer con todas esas cosas, poner una tienda? —insistí. Y nada. El cangrejo caminaba y caminaba sin darme pelota... digo, sin prestarme la debida atención.

Entonces tuve una idea brillante. A veces, aunque está muy mal, un detective tiene que ser muy astuto y mentir un poquito. Así que puse cara de sapo importante y le dije bajito:

—Mire que soy amigo del general.

El cangrejo, que llevaba una lata de paté vacía, se paró y me miró con desconfianza.

—¿En serio? ¿De qué general?

No se me ocurría ningún nombre; pensé y pensé:

—El general Electric —contesté.

—Ah —dijo el cangrejo haciéndose el que sabía—. ¿Qué querés?

14 —Saber qué está pasando, todo el mundo hace cosas extrañas acá —res-pondí.

—Centolla —dijo el cangrejo mi-rando para todos lados como si tuviera muchísimo miedo, y enseguida se fue co-rriendo para alcanzar a los demás.

Centolla no quiere decir que uno ya se sentó, sino que, como cualquier sapo privado sabe, es el nombre de un cangrejo recontra-grande, un cangrejo de mar.

El caso se estaba complicando, así que, haciéndome el distraído, decidí seguir la fila para ver si averiguaba algo más.

El fondo del cangrejal no era como el frente; no, señor, era bien distinto. Las cuevas estaban todas desordenadas. Había cangrejos con pinta de malos, parados en las esquinas, meta fumar y conversar. Todos me miraban de pesados.

Uno de ellos, que tenía pinzas bien grandes, se me paró adelante para no dejarme pasar.

—¿Adónde vas, sapo?

—Vengo de parte del general Electric —repetí porque la vez anterior me había dado resultado.

—¡Miren! —les gritó a los otros—. ¡Un sapo que viene de parte de una heladera!

Los otros se rieron y empezaron a acercárase más y más con cara de tomátelas, borrate flaco, y poco a poco empezaron a rodearme, y creo que no era para jugar a la rueda-rueda conmigo.

Como ustedes saben, los detectives son muy valientes y no le tienen miedo a nada, así que los miré bien. No me temblaba un solo músculo. Ellos ahí, con sus caras de truhanes malvados. Yo acá, con mi cara de sapo que no se asusta fácilmente.

Entonces los volví a mirar bien, remangándome el impermeable, y después hice lo único que un detective en mi situación podía hacer, lo que nadie hacía mejor que Ruperto Sapo.

Rajé.

Si les parece poca cosa, me gustaría verlos a ustedes perseguidos por cinco cangrejos fumadores y tratar de correr por el barro con un impermeable demasiado largo y un sombrero tapándoles los ojos, en un lugar lleno de agujeros.



Pero no se preocupen. Se necesitaba más que eso para detener al gran Ruperto Sapo Sapo. Se necesitaba, por ejemplo, una roca como esa que estaba en medio del camino y no pude ver a tiempo.

Pero valió la pena. Más tarde, ya de regreso en mi oficina, me di cuenta de que por lo menos había logrado varias cosas: una pista y como tres chichones.

17

Víctor me explicó que hace mucho tiempo existió un detective Yerloc Jolmes y que era el más vivo de todos. El tipo se sentaba frente a una estufa y pensaba y pensaba y pensaba y sin salir a la calle a pasar frío ni nada, descubría que el asesino era el mayordomo.

Ahora estoy tratando de hacer lo mismo. No tengo estufa, pero igual estoy sentado meta pensar y pensar. Claro, ustedes podrían ayudar un poco si quisieran.

Por ejemplo, hagámonos una pregunta: ¿Qué hace una centolla, que tendría que estar en el mar, metida en un cangrejal?

Otra pregunta: ¿Por qué los cangrejos cargan cosas y se las llevan para el fondo?

Tercera pregunta: ¿Por qué los cangrejos andan todos como asustados?, ¿a qué le tienen miedo?

¿Lo ven?, no es nada fácil ser detective.

¿Cómo?

¿En serio?

¡Elemental, mi querido Guason! ¡Ustedes sí que son listos! ¿Así que lo que pasa es que la centolla es más grande y por eso los cangrejos le tienen miedo y los obliga a llevarle todo lo que encuentren en el fondo del arroyo?

18

Bien, bien, estamos progresando. ¿Así que lo único que tengo que hacer ahora es ir allá otra vez y decirle a la centolla que se vaya?

¡Soy un genio!

Y bueno, aunque había niebla, volví al cangrejal y seguí derecho hasta el fondo. Otra vez estaban esos tipos pesados esperándome, pero esta vez no me iban a ganar tan fácilmente.

—¡Quiero hablar con el jefe, el capo, el padrino! —les dije poniéndome el sombrero de costado.

—El jefe no quiere hablar contigo —me contestaron.

—¡Dígale que Ruperto Sapo lo busca! ¡Gil y pollas! —insistí hablando como los detectives españoles.

Volví a mi oficina con tres chichones nuevos. Los detectives a veces tienen que pensar un poco mejor las cosas.

Me senté de costado porque aparte de los chichones, también me dolía esa parte que está atrás y no es exactamente la espalda. Había descubierto que los cangrejos también saben dar patadas.

Pero, como les decía, al pensar mejor las cosas me di cuenta de que mientras se dieran cuenta de que yo me daba cuenta, todo sería más difícil. Entonces lo que tenía que hacer era que ellos no se dieran cuenta de que yo me había dado cuenta. ¿Me entienden? ¿No? ¿Qué clase de ayudantes son ustedes, eh?

Lo que quiero decir es que tenía que disfrazarme y eso, justamente, fue lo que hice.

Pensé en disfrazarme de político: entrar al cangrejal dándoles besitos a los cangrejitos y la mano a los grandes. Tenía una sonrisa de plástico que me podía servir para eso, pero cambié de idea: los bichos del arroyo no votan.

Podía disfrazarme de pescado. Pero creo que enseguida sospecharían al ver un pescado caminando fuera del agua.

Tenía que ser algo, algo... ¡Claro! Eso mismo: disfrazarme de cangrejo. Eso fue lo que hice. Conseguí un caparazón vacío, una pinza usada y listo: nadie iba a reconocerme.

Y no lo hicieron.

Pasé por al lado de los malos como si nada y pude llegar a una cueva grande. Cerca de la entrada había pilas de comida, latas y un montón de cosas que los cangrejos habían traído.

Adentro de la cueva, la centolla roncaba tranquilamente.

20 Era como tres veces más grande que yo y eso que mido cerca de nueve centímetros y todo. Por esa razón y porque un detective tiene que saber cuándo actuar, decidí que mejor no la despertaba y comencé a alejarme despacito, despacito, sin hacer ruido.

—¡Un momento! —gritó la centolla de pronto y quedé duro del susto.

Por si son medio olvidadizos, les recuerdo que yo estaba disfrazado. La centolla salió de su cueva y con sus grandes patas caminó hacia mí, plum, plum, plum.

—¿Por qué no me trajiste nada, eh, cangrejo?

Yo miraba para arriba y pensaba y pensaba ¿qué le digo, qué le digo?

—Es que, es que, bueno, este, yo andaba por ahí y entonces, ¿cómo le voy a decir, vio? Me agarró el paro general electric y entonces...

—¡Basta! ¡No quiero excusas! —gritó mirándome enojada—. ¡Acá se hace lo que yo mando, porque yo tengo el poddeer!

—¡Ji-Man! —dije emocionado sin darme cuenta.

—¿Qué dijiste? —la centolla se calentaba por cualquier cosa.

—Que sí, *man*, ¿cuál es? No estoy ni ahí con no traerte nada —contesté como para arreglar la situación. A lo mejor creía que yo era un cangrejo roquero y me dejaba ir.

21

Otra vez mi astucia dio resultado. La centolla a la que seguramente no le gustaba el rock, me miró con bronca, pero me ordenó ir a buscarle algo.

Claro, pensé en quitarme el disfraz y decirle que se fuera a la mar y todo eso, pero los buenos detectives saben que a veces es mejor hacerse el distraído, así que volví a rajar y regresé a mi cueva.

Ahora me dolía la espalda de tanto andar doblado, disfrazado de cangrejo.

Al rato llegó mi clienta, Alejandra. Golpeó y entró a mi oficina con más cara de preocupación que antes.

—¿Y? ¿Pudo hacer algo?

—Ya casi lo tengo arreglado, no se preocupe.

Ella depositó cinco moscas más encima del escritorio y me miró como esperando que le diera un informe o algo así.

—Bueno, mire, la situación es complicada. Ya sé quién es el culpable.

—¡Ah! ¡Fantástico! —dijo ella muy contenta.

22 —Sí, y también sé por qué los cangrejos hacen lo que hacen que antes no hacían.

—¡Bárbaro! —cada vez más entusiasmada.

Un buen detective nunca, pero nunca nunca, debe desilusionar a una clienta entusiasmada.

—En realidad, sólo me falta arreglar una cosita más, algo sin importancia —agregué—. Una pequeña cuestión.

Y así, cuando ella se fue caminando de costado en la niebla, y después de pensarlo mucho, me decidí y me fui a ver a Víctor.

Víctor todavía no había vuelto de la escuela, así que sigilosamente me escondí cerca de la puerta de su casa y esperé.

Para hacer tiempo podríamos hablar de otras cosas, como la escuela, por ejemplo. Los sapos no van a la escuela, pero Víctor dice que es un lugar muy interesante.

Yo pasé cerca de la escuela una vez y los niños parecían paquetes de regalo blancos, con una moña azul gigantesca que no les debe dejar ver nada.

Pero otro día hablaremos de eso. Un sapo detective no puede perder el tiempo y, además, ahí llega Víctor.

—¡Chissst! —le chisté.

23

Creo que le costó reconocermelo con el impermeable y el sombrero. Pero al final se dio cuenta y se agachó.

—Tengo un grave problema.

Yo ya les dije que Víctor es macanudo, así que no les sorprenderá saber que, enseguida nomás, me levantó con una mano para verme y escucharme mejor.

Le expliqué todo desde el principio. Lo de mi nueva profesión, mi primera clienta, el cangrejal, mi valiente lucha contra los cangrejos malvados y, claro, también le hablé de la centolla.

—¿Una centolla? ¿Estás seguro?

Nunca, jamás, se debe dudar de lo que dice un sapo experto. Los expertos somos muy sensibles y nos enojamos si alguien no nos cree.

—¡Claro que estoy seguro! —contesté ofendido—. Es una centolla gigantesca que se cree Ji-Man.

Víctor se rascó la cabeza. Siempre hacía eso cuando se ponía a pensar. A lo mejor era porque las ideas le picaban.

Lo pensó un rato y después me dijo:

24

—Andate tranquilo, ahora ya va a ser de noche. Mañana de mañana voy a tu cueva...

—¡Oficina! —lo corregí.

—Bueno, sí, voy a tu oficina y arreglamos todo.

Después entró en la casa porque tenía que tomar una cosa blanca que viene en bolsitas de plástico fabricadas por un animal llamado vaca o algo así. Esa noche no pude dormir. Pensaba en todo el asunto y me admiraba de que Víctor no pareciera preocupado.

¿Cómo iba a hacer para ayudarme a vencer a un bicho tan grande y agrandado? ¿Lo dejarían pasar los otros cangrejos? ¿Tendría Víctor que disfrazarse de cangrejo?

Preguntas, preguntas, preguntas, me pasé la noche haciéndome preguntas: ¿Ganarían finalmente los buenos? ¿Es redonda la Tierra?

¿Adónde van las golondrinas antes y después de la primavera? ¿De qué cuadro será hincha la centolla?

Cuando estaba en la pregunta número dos millones cuatrocientos veinticinco mil ciento cuatro, alguien golpeó afuera de la cueva.

Era Víctor. Ya era de día otra vez y yo por fin me parecía a un detective de verdad: sin afeitarse, con cara de sueño. Sólo me faltaba el auto, el café en vasitos de plástico y la secretaria.

25

—Bueno, vamos —dijo así como así y yo pensé que estaba loco.

—No podemos ir así nomás. Es muy muy grande —le advertí.

—Dale, detective, vamos —insistió el muy porfiado.

Y bueno, sólo para poder guiarlo mejor, le pedí que me escondiera... quiero decir, me colocara en el bolsillo de su campera.

Víctor se había puesto botas para el barro, así que cuando llegamos al cangrejal entró y siguió de largo nomás, mientras cientos de cangrejos se asomaban en sus cuevas y decían ¡ohhh! igualito que en los otros cuentos.

Cuando llegamos a la Gran Cueva de la Centolla, escuché otra vez la música de suspenso y me escondí en el bolsillo. Víctor se agachó y vio que el bicho estaba con cara de a-éste-lo-reviento.

—¡Cuidado! —le susurré—. Es bravísimo.

26 Víctor se rió de mi advertencia y cuando la centolla salió, ¡paf! le puso una de sus botas encima y la apretó contra el barro.

La centolla decía palabras que no se pueden usar en un cuento para niños y movía sus grandes pinzas al aire, pero no podía zafar.

Así de fácil.

Es que yo me había olvidado de dos detalles importantes, pero no se enojen: es la primera vez que soy detective.

Primer detalle: los niños son cuarenta mil veces más grandes que una centolla.

Segundo detalle: los niños tienen muchísima más fuerza que una centolla y casi tanta inteligencia como un sapo.

Víctor también había llevado una caja grande de cartón.

—¡Soltame, vo! —gritaba furiosa la centolla bajo la bota de Víctor.

—Está bien —contestó él y se agachó, para colocar la caja abierta al lado del bicho.

La centolla, que por lo visto no era muy viva que digamos, se metió solita en la caja y Víctor la encerró.

Como les dije antes, la centolla era bastante bocasucia y seguía gritándonos cosas desde la caja mientras caminábamos hasta la playa.

27

Cuando llegamos, Víctor tomó carrera, estiró un brazo y con mucha fuerza ¡plaf! tiró la caja al mar. La famosa centolla tendría que irse con los suyos. Seguro que ya nunca volvería al arroyo a molestar.

Más tarde, otra vez solo en mi oficina, cuando descansaba de mi trabajo agotador, empecé a reírme solo.

Miren qué cosa. Tanto pensar en cómo resolver el caso, tanto disfraz y misterio y al final era de lo más fácil: todo había sido una simple cuestión de tamaño.